

EL SACERDOTE, PASTOR, PASTOR, SEGUN S. AGUSTIN *

por URSICINO DOMINGUEZ DEL VAL.

Publicada esta obra originalmente en holandés en 1947 y trasladada bien pronto al alemán, aparece ahora en español, con bastante retraso por cierto, traducida sobre el original alemán en su edición de 1958.

Sin afán de exageración, ni mucho menos, es una obra que faltaba en la bibliografía agustiniana. Porque todo el mundo conoce al Agustín pecador, y de rechazo al que deja el maniqueísmo para convertirse al catolicismo y al monaquismo. Después de su conversión se sigue conociendo al genio. Pero ¿y quién conoce al Agustín santo? Pocos. ¿Y al Agustín modelo de sacerdotes y obispos? Casi nadie. Y sin embargo, su sencilla cátedra, dice Van der Meer, era para él más importante que la mesa de escritor; es más, las necesidades y solicitudes del pueblo cristiano le sugirieron los temas y el estilo de sus más sublimes obras, de suerte que el genio estuvo al servicio del pastor» (p. 15). Y añade: «No es temerario decir que debemos el santo al hecho raro y sorprendente de que el genio Agustín fue un pastor de almas» (ib.).

Este es el gran mérito de la obra del escritor holandés: poner de relieve la santidad del obispo de Hipona y su labor pastoral. Van der Meer escribe un libro en la línea de la biografía de Posidio, que nos describe al pastor de almas, pero mucho más amplio naturalmente. En la obra de van der Meer se encuentra todo lo que sabemos de la vida pastoral del gran obispo. El autor va siguiendo al obispo de Hipona en su quehacer pastoral cotidiano exponiendo hechos, enseñanzas, juicios sobre acontecimientos y situaciones, anécdotas de la vida diaria, etc., y todo con una gran sencillez que hace agradabilísima su lectura.

(*) F. VAN DER MEER, *San Agustín pastor de almas*, versión española de Daniel Ruiz Bueno, Editorial Herder, Barcelona, 1965.

Con ocasión de esta obra, tan benemérita y única en este aspecto, que-remos exponer unas líneas generales sobre las enseñanzas que San Agustín da al sacerdote de nuestros días atareado con la nobilísima misión de cura de almas. De ahí el título que encabezan estas líneas.

San Agustín no escribió ningún libro *De officiis* como San Ambrosio e Isidoro, ni tiene un tratado especial sobre el sacerdote, pastor de almas. Ello quiere decir que el obispo de Hipona que en otros campos del saber abrió tantos horizontes, en el terreno de la pastoral práctica es bien poco lo que aporta, y nada en el orden de los principios de la misma. Muy poco sistematizador en lo especulativo y muy poco organizador en lo práctico, era, en cambio, el hombre de la intuición, el que vivió a Dios como una realidad íntima y el que con tanta precisión conoció las almas. El gran peso de su vida, por otra parte, fue amar a Dios y su gran pasión la devoción a la Iglesia. Anclado en Dios y en la Iglesia se nos presenta como el sacerdote modelo del pastor de almas. En este sentido tiene mucho que decirnos, no en cuanto a métodos pastoralistas, pero sí en cuanto a lo que debe ser un sacerdote para que su ministerio sea auténticamente eficaz.

Además del trato habitual con sus fieles por medio de la homilía y de los sermones aniversarios de su consagración episcopal, es rica en este sentido la carta 21 en la que se recoge el método como él se preparó para un tal ministerio; durante cuarenta años permaneció fiel a este su programa.

El sacerdote no es un honor para satisfacer mezquindades personales, sino una carga molesta y llena de responsabilidad que Agustín aceptó por una exigencia de amor a la Iglesia. El pastor de almas es un hombre que distribuye al pueblo el sacramento y la palabra de Dios (*Epist.* 21, 3; 128, 2). Este doble ministerio determina la vida del sacerdote. Para él se preparó Agustín y para él preparó a los sacerdotes de su época. Se prepara con la oración, signo de santidad, y con el estudio de la Escritura, símbolo de cultura. Santidad y ciencia serán imprescindibles a un pastor de almas que quiera un apostolado eficaz. Ello es normal. El pastor de almas ha de llevar al mundo un mensaje de vida y un mensaje de verdad, y más de aquélla que de éste, porque el evangelio, aunque es mensaje de verdad, es más que nada comunicación de vida, vida que el apóstol debe llevar a las almas. Santidad y ciencia son las dos directrices que han de canalizar, según San Agustín, la vida apostólica del pastor de almas. Maticemos.

SANTIDAD

Es, sin duda, la recomendación más característica de San Agustín al pastor de almas: la santidad. Tal vez porque nadie como él haya buscado con tanta intensidad la «verdad», ni haya sentido tanto la «sed de la verdad», que era ni más ni menos que Dios (*Conf.* 3, 6). «Dos cosas profesa el clérigo, la santidad y el clericalato» (*Serm.* 355, 4, 6). La santidad es la profesión del clérigo y sobre todo del pastor de almas, porque es a éste precisamente a quien Cristo confirió la misión de santificar y hacer santo al cristiano. Como punto de partida para esta santidad propia y de los demás el obispo de Hipona reclama con urgencia la oración o vida interior, pero una vida interior muy suya. «Tú estabas más íntimamente en mi alma que mi alma misma» (*Conf.* 3, 6, 11). Esta verdad de la inhabitación la vivió Agustín ya a partir de su conversión, y su rica experiencia la inculca con gran frecuencia a sacerdotes y monjes.

Esta gran verdad permite al apóstol estar en oración continua, porque para Agustín oración es el encuentro con Dios en lo íntimo de nuestra alma. En su interior encontrará el apóstol, no al Creador, sino al Padre, al Maestro, para que sostenga con El una conversación familiar y le transforme en El. La renovación interior y semejanza con Cristo le vendrá al apóstol de la oración realizada en lo íntimo con el Huesped (*De sermone Domini in monte* II, 3, 14). Aquí, en este santuario, dirá Agustín, está la fuente de la vida (*Enarrat. in Ps.* 41, 8-9). A ella ha de mirar el apóstol.

Y tanto más necesaria se hace esta mirada, porque el verdadero apóstolado es una consagración de la vida a los intereses múltiples de una colectividad que encarna los intereses de Dios. El apóstol, precisamente por esto, se verá, lo mismo que San Agustín decía de sí mismo, bajo la «servidumbre» de las ocupaciones (*Conf.* 11, 2, 2). Y esta servidumbre debilita, al menos, la vida interior que es la gran fuerza del apóstol (*Enarrat. in Ps.* 54, 8).

En la cura de almas tiene más valor la unión con Dios que la fuerza de la palabra. Al fin el apóstol es un instrumento que no podrá enardecer los fieles, si él mismo no está enardecido y apasionado («Nisi enim ardeat minister praedicans, non accendit eum cui praedicat», *Enarrat. in Ps.* 103, *Serm.* 2, 4). Los sedientos de Dios son los que mejor harán comprender al pueblo cristiano la vida de Dios (*De civ. Dei*, 19, 19). Estos son los apóstoles interiores; los que antes de hablar con los hombres hablan con Dios; los que antes de predicadores son oradores (orantes) («Sit orator antequam ditor». *De doct. christ.* 4, 15, 32).

Retirarse el apóstol con cierta frecuencia a la soledad será ventajosísimo para con los fieles a él encomendados (*Epist.* 21, 6). El retiro sacia los anhe-

los de las almas sedientas de vivencias divinas. Donde hay soledad y quietud, allí hay santidad («Ubi requies, ibi sanctificatio», *Epíst.* 55, 16, 30). En realidad esta fue la vida de Agustín en frase de Posidio: trabajar de día y meditar por la noche (*Vita*, 24); comunicar a los presentes y ausentes con su palabra y sus escritos lo que de Dios recibía en el estudio y en la oración (*ib.* 3). Cura de almas es poner al servicio de la Iglesia las riquezas de la vida interior (*Epíst.* 48, 2). «Todo lo que yo os doy, decía Agustín a sus fieles, no viene de mí; viene de Aquel de quien lo recibo yo también. Si os diere de lo mío, no recibiríais sino mentira» (*Serm.* 101, 4, 4).

Una tal identificación con Dios había apartado del pastor de Hipona el «espíritu de carrera» para hacerle el «servidor» de todos. Es otra de las grandes lecciones de Agustín a quienes se ejercitan en el ministerio pastoral. «Somos siervos de la Iglesia», decía, y por eso consideraba el ministerio del sacerdote como función social al servicio de la misma. De ahí que todos, sin excepción, recurrieran a él en demanda de solución para sus asuntos familiares, dudas y pleitos. Venían a desahogar su corazón. Nunca dio un «no», porque en su trabajo iba más allá de lo que exigían sus estrictas obligaciones. Predicar, exhortar... «estar a disposición de todos», decía, he aquí una obligación grave, una carga que oprime, un trabajo penoso. Pero estos trabajos, tan mínimos a veces, eran para Agustín la primera de sus obligaciones, porque con ellas iba siempre entremezclada la influencia callada de una orientación espiritual para la vida. En la cura de almas nada parecía pequeño al obispo de Hipona. En uno de sus sermones nos cuenta lo que de él exigían sus fieles:

«Corregir a los inquietos, consolar a los pusilánimes, sostener a los débiles, rebatir a los contrarios, guardarse de los insidiosos, instruir a los ignorantes, estimular a los indolentes, contener a los pendencieros, señalar su lugar a los presuntuosos, calmar a los litigantes, socorrer a los pobres, librar a los oprimidos, animar a los buenos, soportar a los malos y... amarlos a todos» (*Salm.* 340, 1).

Con este trabajo impropio San Agustín expone otra gran lección cual es la obligación de todo buen pastor de *conocer* la Iglesia que le ha sido confiada. Por eso no sólo él recibía a sus feligreses, sino que acudía sin demora a cuantos le llamaban, sobre todo si eran enfermos, para orar con ellos. Por este procedimiento conoció el Santo hasta las heridas más íntimas de los hiponenses y así pudo convertirse incluso en su director espiritual.

Con sumo empeño cuidó dar testimonio de vida en materia de *pobreza*. Sencillez en lo que le rodeaba, modestia y sencillez en su persona, hasta el punto que en nada se distinguía de sus clérigos. El lujo en su casa era desconocido. Enemigo declarado asimismo de la «ostentación» llamaba a los pobres «sus compañeros de pobreza», y en el aniversario de su consagración les invitaba a su mesa. Tenía advertidos a los fieles que no reci-

ría obsequios personales y que cualquier regalo se pondría en común a disposición de sus clérigos. Agustín en nuestros días sería un miembro conspicuo de la «Iglesia de los pobres». Personalmente el obispo de Hipona no hizo testamento, porque era un pobre de Dios; recordó, sin embargo, como su última voluntad que en atención a los venideros se guardase con esmero su biblioteca y los códices antiguos (Posidio, *Vita*, 31).

Estas exigencias de vida pastoral las sazónaba Agustín con la gracia de su característica espiritualidad: con la humildad y con la caridad. Escuchemos juntos, dice, seamos juntos condiscipulos en la misma escuela y con el mismo Maestro, Jesucristo, que tiene ahora su cátedra en el cielo, porque primero fue una cruz en la tierra. Lo que nos ha enseñado es el camino de la humildad. Edificar sobre el fundamento de la humildad era su preocupación primordial, porque «la humildad es nuestra misma perfección» (*Epist.* 149, 28). No obstante sus dotes excepcionales nunca se sintió grande frente a su pueblo, porque en todo momento permaneció pequeño ante Dios. La humildad fue la virtud que practicó en grado heroico y hasta podemos decir que su santidad se la debe a su humildad. El mismo nos dice que abandonó el neoplatonismo para pasar al cristianismo, porque fue aquí donde vio que Dios había venido a nosotros en humildad (O. SCHAFNER, *Christliche Demut. Des hl. Augustinus Lehre von der Humilitas*, Würzburg, 1959).

No me sacio, decía también, hablando de la caridad. Sin la caridad bien difícil sería el interés, la abnegación, el sacrificio y la preocupación por la Comunidad. El apostolado es concebido por San Agustín como la perfección de la caridad; los apóstoles son almas que redimen al mundo con la vida interior con la vida de humildad, con la cruz, sufriendo en la Iglesia, con la Iglesia y por la Iglesia, que es el camino de los santos (*Serm.* 197, 5). (G. HULTGREN, *Le Commandement d'amour chez Saint Augustin*, Paris, 1939).

ESTUDIOS

Es preocupación esencial en el pensamiento agustiniano el problema de los estudios de los clérigos consagrados a la salvación de las almas. Dos recomendaciones generales hace S. Agustín a los clérigos: que no separen la ciencia de la vida moral y religiosa, y que la centren principalmente en el conocimiento de Dios y del alma. A este conocimiento se llega por la oración, contemplación y por el estudio. No sin cierto énfasis, escribe el obispo de Hipona, sólo aquel podrá ver la belleza divina quien bien vive, bien ora y bien estudia (*De ord.* 2, 19). También el estudio aporta su contribución en el crecimiento de la virtud (*De Trinit.* 12, 14, 21).

San Agustín distingue entre sabiduría y ciencia; aquélla busca las cosas

de Dios, ésta es el conocimiento de las cosas humanas. Sabiduría y ciencia pide el Santo a los clérigos, pero más la primera que la segunda. Por eso un clérigo debe ser un sabio, que en el sentido agustiniano quiere decir un hombre que no sólo conoce y ama a Dios, sino que le imita (*Enchir. ad Laurent. 2*). La verdadera sabiduría y la auténtica ciencia del sacerdote es Cristo, porque El es la única Verdad y El recapitula ambas. Con apremio señala el Santo el camino único para adquirir esta ciencia: la humildad (*Enarrat. in Ps. 70, serm. 1, 1*).

Dos normas presidían la orientación agustiniana de los clérigos: la cura de almas y los problemas teológicos de su tiempo; es decir, la Escritura y la teología. Sin la teología y la Escritura se consideraba muy difícil el acceso a las almas y su conquista. De ahí que el estudio se considerase como algo esencial. Es incumbencia primordial del sacerdote, según el obispo de Hipona, exponer dignamente el sacramento de la Palabra de Dios (*Epist. 21, 3*). Sin duda por esto el estudio de la Escritura era el punto de partida para su apostolado. Sin el conocimiento de la Escritura nadie puede administrar con sentido de responsabilidad el sacramento de la Palabra de Dios (*De doct. christ. prol. 4*). Conocer la Biblia es conocer más íntimamente a Cristo. Quien se consagra al estudio de la Escritura aprenderá más orando y meditando que oyendo o leyendo (*Epist. 47, 1*).

El sacerdote también necesita la ciencia humana, pero una ciencia que esté a tono con las inquietudes de la época para darles solución según la fe. Es fácil saber lo que hemos de creer, nos dirá San Agustín, pero no tan fácil saber defenderlo frente a quienes no comparten nuestras creencias; y sin embargo el sacerdote debe dar cuenta de su fe a cualquiera que le pida razón de ella (*Epist. 120, 1, 4*). De ahí que el pastor de almas haya de asomarse a las diferentes ciencias. En realidad San Agustín en este punto es ambicioso y pide al pastor de almas los conocimientos de su tiempo. De hecho, al obispo de Hipona ningún problema religioso de su época le fue desconocido.

Una tal erudición sólo será útil al que tiene cura de almas, si está enraizada en la humildad y caridad (*De doct. christ., lib. 2*), porque la ciencia por la ciencia sin referirla a Dios es la ciencia fatua que infla (*Contra Crescon, 1, 25, 30*).

EN EL INTERIOR DE LA IGLESIA

La acción pastoral del sacerdote en el interior de la Iglesia ha de seguir la misma línea que en el exterior: olvido de sí mismo y entrega incondicional a las exigencias espirituales de sus fieles; en este sentido si ha habido algún pastor de almas que haya sido el «siervo de los siervos de Dios»

éste es el obispo de Hipona. Como Agustín veía la Comunidad cultural construida sobre el bautismo y la Eucaristía, sobre ellas instruye a sus fieles. En la controversia de su época sobre si había de comulgarse todos los días o no, él opta por la comunión diaria.

No obstante, en virtud de su antiformalismo, en virtud también de su temperamento teocéntrico y por que él concebía el culto como la expresión de la piedad, no dio gran importancia al culto externo. «Dios, decía, es honrado de quienes le aman» (*Epist.* 163, 3, 11). Por eso cuando Agustín piensa en la liturgia no son las formas externas de la misma las que le vienen primordialmente a su pensamiento, sino el diálogo entre Dios y el hombre y la expresión del sentimiento religioso. Para Agustín, en último término, cualquier oración tiene su inicio y su término en el santuario de su corazón, al que sólo Dios, por la inhabitación, tiene acceso.

Con todo, a pesar de su interioridad, Agustín se mostró como un buen párroco entregado a la liturgia. Ocupación primordial suya fue hacerla entender a sus fieles, porque cuando una comunidad no entiende la liturgia con sus gestos o símbolos ha dejado introducir inexorablemente la rutina. Por eso San Agustín nunca se cansó de aclarar palabras, expresiones, gestos, símbolos, etc. Nada queda por aclarar, y en su boca el simbolismo litúrgico habla con un realismo admirable. Hay otro capítulo que, aunque menos importante, despertó el entusiasmo de San Agustín: *el canto*. Lo consideraba como uno de los medios más adecuados para llenar el alma de sentimientos piadosos. En la iglesia de Hipona salmodiaban sobriamente, nos dice Agustín, los cantos divinos de los profetas, a diferencia de los donatistas que lo hacían de forma poco conveniente.

La predicación de Agustín es bíblica, porque nadie se ha penetrado tanto de la Biblia como él, pero encerraba también un gran contenido teológico. Agustín se volcó en la predicación a causa de la reverencia, veneración y respeto que sentía por la palabra revelada. Esta reverencia no la confundía él con las formas humanas concretas de predicar. Todo lo que él sabía se encuentra en sus homilias. Predicar es enseñar y aclarar y Agustín explica la Escritura con elocuencia, pero sin palabras hueras e interesando a los oyentes. Claridad en la homilía aun a costa de la fuerza del lenguaje. Muchas veces, decía San Agustín, me siento desolado, porque mi lengua no basta para lo que vive en mi corazón (*De doct. christ.* 4, 10, 24). Para hacerse entender, recuerda San Agustín la necesidad de orar: *Sit orator antequam dictator*.

Aunque Agustín dé normas de bien predicar, llega un momento en que el experimentado pastor de almas deja todo principio teórico y recuerda al ministro de la palabra que lo que mejor entienden los fieles y lo que más cala en ellos es la predicación con el ejemplo: *Sit eius quasi copia dicendi, forma vivendi* (*De doct. christ.* 4, 27). En su homilía Agustín es preciso y

seguro en la terminología, y cuando desea grabar un pensamiento en su auditorio lo llega a hacer hasta inolvidable. Nunca es hiriente. Su secreto humano de penetrar en las almas es su impresionante delicadeza e irresistible dulzura. Ante sus fieles se desborda su corazón de padre. En la basílica de Hipona no se oyen más que los términos de «hijos» y «hermanos» con los que el obispo designa a sus fieles.

Porque nadie ha predicado como él con tanta *cordialidad*, por eso quizá nadie haya penetrado tanto en el alma de las asambleas cristianas como San Agustín. Regla áurea para los pastores de almas. En realidad todas las normas que da en *De doctr. christ.* presentan, sin que él lo pretendiera, su propia fisonomía.

Profundo conocedor de la Biblia San Agustín improvisaba a veces algunas homilias sobre textos bíblicos. Pero no era este el procedimiento ordinario. Su preparación habitual para la homilía era la *oración*. Por esta razón y por su espiritualidad Agustín desconocía la vanidad. Tan asimilados tenía los textos bíblicos que sorprende la doctrina espiritual que saca de ellos. San Agustín siempre tiene algo nuevo que decir, y lo que comunica es fruto de sus reservas y propia plenitud. Sus vivencias e interioridades con Dios son tan íntimas que fácilmente puede hablar de ellas y no necesita el esfuerzo afanoso de ir a buscarlas en otros. Agustín da en sus homilias todo lo que tiene y lo mejor que tiene, porque todo lo que asimilaba en la mesa de trabajo y en la meditación, esto mismo tenía que decirlo en el púlpito.

La temática de sus homilias nos ofrecen la visión de su cristianismo. En general su pensamiento predominante es la lucha entre las dos ciudades o dos amores: el celeste y el terreno. El primero construye la ciudad de Dios y el segundo la del diablo (*Serm.* 344, 1). En el amor terreno, o egoísmo, se encuentra el principio de todo mal, porque nos hace olvidar a Dios para pensar en nosotros mismos; en el amor celeste, en cambio, que nos hace olvidar a nosotros por Dios está el origen de todo bien.

Las grandes líneas de su pastoral homilética son cristológicas y eclesiológicas. Predica mucho a Cristo humillado, «cabeza de los pobres». Tiene predilección por la idea de Dios encarnado que consideraba la clave del dogma cristiano. Predica la unión de los fieles con Cristo, el cuerpo místico, la unidad, indefectibilidad y santidad de la Iglesia, el Espíritu Santo alma de la misma, sobre la Trinidad, la grandeza de Dios, la otra vida. Lo desarrolla de un modo tan asequible que los mismos ignorantes e incultos podían entenderlo. Hombre de su época y al corriente de cuanto ocurría en el mundo los problemas de actualidad eran estudiados por él desde el púlpito.

En la exposición del tema da siempre preferencia a las explicaciones bíblicas, a la parte doctrinal, pero tampoco prescinde de la moral con sus aplicaciones prácticas. Sus exhortaciones parenéticas ocupan páginas pre-

ciosas en los Sermones agustinianos. No es la moral de San Agustín una casuística, ni tampoco una mera especulación, sino una serie de aplicaciones prácticas fundadas en la doctrina teológica que dan solución a múltiples obligaciones de la vida cotidiana. Pero aunque Agustín reprenda o exhorte a sus fieles, siempre se mantiene en la línea del amor. Cambiará la materia de su parénesis, pero nunca modificará lo que fue directriz de su vida: ama y haz lo que quieras.

La línea esencial de su acción pastoral la expone gráficamente con estas palabras: «Sólo el amor es el que distingue a los hijos de Dios y a los hijos del diablo. Ya pueden signarse todos con la señal de la cruz. Ya pueden responder todos «amén». Ya pueden cantar todos el aleluya. Ya pueden bautizarse todos, entrar en las iglesias, cubrir las paredes de las basílicas. En definitiva, sólo por la caridad se distinguen los hijos de Dios de los hijos del diablo. Los que tienen la caridad han nacido de Dios; los que no tienen la caridad no han nacido de Dios. Magna señal, gran discernimiento. Ten todo lo que quieras; si esto sólo te falta, de nada te vale todo lo demás. Si otras cosas no tiene y esto sólo tienes, has cumplido la ley» (*In epist. I Joh. 5, 7*).

A pesar de todo Agustín no se hacía ilusión sobre la eficacia de su palabra. «Nosotros predicamos, decía, pero Dios instruye» (*Salm. 153, 1*). El santo obispo estaba bien convencido que no era su palabra la que abría las puertas del alma, sino que era Dios con la acción de su gracia. De ahí que a medida que iban pasando los años iba suprimiendo, no la explicación y argumentación, pero sí la demostración rigurosa. Se limitaba en los últimos años de su vida a lo más esencial, poniendo más de relieve la acción de la voluntad.

«Nosotros trabajamos, decía, como el labrador en el campo, por fuera. Si nadie obrara por dentro... no brotaría la rama, ni el fruto, ni la hoja, porque el hombre trabaja la tierra, pero el cielo envía el rocío» (*Conf. 9, 1*). «Pero en fin, hermanos, mirad aquí un gran misterio. El sonido de nuestras palabras puede herir vuestros oídos, pero el Maestro está dentro. No penséis que un hombre puede aprender nada de otro. Nosotros podemos amonestaros por medio del ruido de nuestra voz; pero si no hay dentro quien os enseñe, todo ese ruido es estrépito vano» (*In epist. I, Joh. 3, 13*).

NOTA BIBLIOGRAFICA:

P. GUILLOUX, *S. Augustin, pasteur d'Hippone*, en «Etudes» 194, 1915, 31-45; 191-206; 328-341; D. ZÄHRINGER, *Das kirchliche Priestertum nach dem hl. Augustinus*, Paderborn, 1931; E. CAYRE, *La vie sacerdotale selon S. Augustin*, Paris, 1943; G. LERCARO, *S. Agostino, pastore d'anime*, en «Sapienza» 8, 1955, 543-551; O. FUSI PECCI, *Il pastore d'anime in Sant'Agostino*, Torino, 1957; M. PELLEGRINO, *S. Agostino, pastore d'anime*, en «Recherches Augustiniennes», 1, 1958, 317-338; A. M. HENRY, *Le sens du sacerdoce monastique*, en *Mélanges offerts à D. Alexis*, Paris, 1958, 173-193; J. PINTARD, *Le sacerdoce selon S. Augustin*, Paris, 1960; A. GARCIA, *Meditación sobre el sacerdocio según S. Agustin*, en «Revista Agustiniana de Espiritualidad» 4, 1963, 375-398; A. MANRIQUE, *Teología agustiana de la vida religiosa*, El Escorial, 1964; M. PELLEGRINO, *Il sacerdozio nell'esperienza e nel pensiero di Sant'Agostino*, en «Seminarium» 14, 1962, 272-278; 440-446; 579-591; 15, 1963, 219-238; 16, 1964, 278-288; 590-605; 17, 1965, 313-325.